

foroUIC

La procesión de las ánimas: obligaciones de los vivos para con los muertos

Ramiro Alfonso Gómez Arzapalo Dorantes

La celebración del día de muertos en México se reviste de una peculiar explosión de colores, olores y sabores. La concepción de la muerte que subyace en las ofrendas a los muertos, nos habla no de un cese de la vida, sino de la prolongación de ésta en otras posibilidades, formas y un lugar desconocido, pero desde donde las redes sociales trascienden el acontecimiento de la defunción. Los vivos y los muertos conviviendo en armonía y afecto aún después de años del deceso, es una concepción social *sui generis* en la cual los lazos de convivencia social prevalecen con vigor y dinamismo.

En los contextos urbanos, posmodernos y ultra tecnologizados, el vínculo con la tierra, la naturaleza y los entes divinos que pueblan el paisaje, se ha perdido paulatinamente y la tradición del día de muertos se conserva a un nivel folklórico de referencia identitaria más bien manipulada desde las instancias educativas y gubernamentales. Pero en el campo mexicano es otro cantar. Las comunidades campesinas de ascendencia indígena son depositarias de una tradición ancestral que se transmite con fuerza y entusiasmo. El vínculo con la tierra a través de la actividad agrícola hace que la ritualidad contemple no sólo a los entes divinos presentes en el entorno natural, sino también a los muertos que se integran a la actividad agrícola como “almas” tal y como ha insistido desde hace años en sus investigaciones antropológicas Catherine Good¹: “los muertos trabajan”.

¹ GOOD Eshelman, Catharine, *Haciendo la lucha: arte y comercio nahuas de Guerrero*, Fondo de Cultura Económica, México. 1988; “Trabajo, intercambio y la construcción de la historia: una exploración etnográfica de la lógica cultural nahua”, en: Cuicuilco, Nueva Época, 1, pp. 139-153. 1994; “El trabajo de los muertos en la Sierra de Guerrero”, en: *Estudios de Cultura Náhuatl*, Universidad Nacional Autónoma de México, vol. 26, pp. 275-287. 1996; “El ritual y la reproducción de la cultura: ceremonias agrícolas, los muertos y la expresión estética entre los nahuas de Guerrero”, en: Johanna Broda y Félix Báez-Jorge (coords.), *Cosmovisión, ritual e identidad de los pueblos indígenas de México*, pp. 239-297, Consejo Nacional para la Cultura y las Artes –

Desde este contexto tradicional, la ceremonia del día de muertos es un asunto de justicia y reciprocidad con los difuntos que reciben su parte en la ofrenda por el trabajo aportado en la actividad agrícola y una nueva cosecha, pues recordemos que la celebración de muertos en noviembre se ubica –de forma general- en el período de cosecha del ciclo agrícola del maíz. En este sentido, bien apunta Signorini lo siguiente:

[...] el afectuoso encuentro anual. En verdad es el afecto, o por lo menos su demostración, expresada en el recuerdo y éste a su vez en una serie de actos beneficiosos para las dos partes interesadas, lo que permite el acercamiento espacial de ambas después de la cesura impuesta por la muerte, con la anulación de la corporeidad. Pero también es verdad que los muertos son entidades ambiguas, caracterológicamente humanas pero dotadas de poderes que están negados a los hombres. El afecto, el amor, se mezcla con un sentimiento de envidia hacia los que todavía gozan de lo que ofrece la vida terrena: una envidia que parece encontrar desahogo en el castigo que infligen a los individuos que de algún modo no los respetan [...] los muertos están “constitucionalmente” hambrientos de vida, al punto de que se apoderan de la vida de los hombres si éstos no les ofrecen en abundancia otro alimento que contenga las sustancias vitales de las que están ávidos [...] si una de sus funciones es la de asegurar la continuación de la vida, en cierto sentido necesitan ser reaprovisionados de ella, creando así esas espiral de muerte-creación de vida-muerte [...]²

La ofrenda misma es un sentido esfuerzo por agradar a los muertos y agasajarlos, no en la ambigüedad y anonimato de una referencia general a “los muertos”, sino el papá, la mamá, el abuelo, la abuela, el hijo y todos aquellos que se han adelantado al “más allá”. Es un asunto tan personal que se atienden los detalles más pequeños en cuanto a la personificación de la ofrenda: el atole soplado en taza pequeña para que el niño muerto no se quemé al beberlo, el chocolate amargo y sin azúcar para el abuelo porque así le gustaba, los tamales sin chile para los niños, el refresco específico del tío, la marca de cigarrillos del papá, etc.

Fondo de Cultura Económica, México. 2001; "Trabajando juntos: los vivos, los muertos, la tierra y el maíz", en: Johanna Broda y Catharine Good Eshelman (coords.): *Historia y vida ceremonial en las comunidades mesoamericanas: los ritos agrícolas*, Instituto Nacional de Antropología e Historia – Instituto de Investigaciones Históricas / Universidad Nacional Autónoma de México, México. 2004; “La fenomenología de la muerte en la cultura mesoamericana: una perspectiva etnográfica”, en: Lourdes Báez Cubero y Catalina Rodríguez Lazcano (coords.), *Morir para vivir en Mesoamérica*, pp. 299- 322. México, INAH, 2008.

² SIGNORINI, Italo, “El regreso de los difuntos en el mundo indígena mesoamericano contemporáneo”, en: Lourdes Báez Cubero y Catalina Rodríguez Lazcano (coords.), *Morir para vivir en Mesoamérica*, pp. 249-258. México, INAH, 2008, p. 253-254.

Así, no es de extrañar que en la tradición oral de estos pueblos, sean frecuentes las leyendas en torno al tema, reforzando esta práctica ritual. Por ejemplo, hay una historia muy recurrente en Michoacán y Oaxaca, donde se habla de la procesión de las ánimas que se aparece a los vivos que ya no quieren ofrendar. Dicen que en la noche del 2 de noviembre, una persona que había dejado de poner la ofrenda a sus muertos por considerarlo una “pérdida de tiempo” y una “superstición”, escuchó ya muy tarde en la noche el tumulto de mucha gente que pasaba fuera de su casa. Entonces al asomarse por la ventana, vió la procesión de las ánimas que se dirigían de regreso al lugar de los muertos, muy contentas, platicando y cargando gustosas la comida y bebida y flores que sus familiares les ofrendaron. Se presumían entre ellas lo que cada cual había recibido e intercambiaban cosas que se les antojaban de las otras ofrendas. Esta persona incrédula, reconoció a gente con la que convivió en vida y todos avanzaban con algarabía por la calle iluminados por las velas y cirios que les dieron en la ofrenda. Hasta atrás de esta larga procesión, pasaron –en penumbras-, apesadumbrados y llorosos, los padres de este expectador, muy tristes, con las ropas roídas, las manos vacías y sin consuelo alguno, pues no les dio nada en la ofrenda. Los escuchó lamentarse al pasar: “ingrato mi’jo que nunca se acuerda de nosotros”, “ya olvidó todo lo que hicimos por él cuando vivíamos”.

Hay variantes de esta historia, donde se dice que el hijo que ya no ponía ofrenda, era imprecado por ello por sus familiares, entonces –ya harto- y para que no lo molestaran más, puso en una mesa en su casa un atado de rastrojo. En la noche despertó al paso bullicioso de la procesión de las ánimas y al final de todo el cortejo alegre y rebotante de regalos, venían cabizbajos sus papás cargando su ato de pastura.

En algunos lugares de Michoacán dicen que los muertos olvidados se prenden un dedo, “para aluzarse” el camino de regreso, porque no tienen nada, ya que nada les ofrendaron.

En fin, hay muchas variantes de este tipo de narraciones, pero todas coinciden en resaltar la ingratitud de quien olvida y el pesar del olvidado. Además todas llevan

al mismo desenlace: quien no creía, empieza a creer y no vuelve a fallar en ofrendar cada año.

En relación con las ánimas, conviene traer a colación lo escrito por Catalina Rodríguez, desde su experiencia con los chontales:

Se hace referencia concretamente a las ánimas de lo que se podría llamar “nuestros muertos”, entendiendo por ánima o sombra “el principio vital etéreo” propio del ser humano, que se encuentra alojado en su cuerpo desde su nacimiento, pero que puede vivir independientemente de él. [...] Por “nuestros muertos” se entiende las ánimas de los familiares ascendientes, descendientes o colaterales de los miembros de un grupo doméstico, que han fallecido y a los que por lo menos uno de los miembros recuerda. Tienen la cualidad de ser viajeras, y por eso es más factible que puedan comunicarse con los santos e interceder por los vivos. [...] Si consideramos a las ánimas como integrantes del núcleo doméstico es posible ver los rituales funerarios y de culto a las sombras como expresiones de la organización social, específicamente de un tipo de relaciones sociales. Quizá entonces sea más correcto verlos como actos sociales con sentido religioso, en lugar de actos religiosos con sentido social.³

Así, podemos concluir que esa concepción de “alma” entre las comunidades campesinas de origen indígena en México, a pesar de retomar el término del mundo occidental a través del cristianismo, incluye su propia cosmovisión en cuanto al destino *post-mortem* del núcleo imperecedero humano y la actividad que sigue realizando en su nuevo estado existencial. Por tanto debemos entender que la insistencia en las obligaciones rituales para con las almas, en contexto cultural indígena mesoamericano, aunque impliquen evidentemente una concepción del ser humano compuesto por cuerpo y alma, nos abren a un horizonte de sentido muy diferente al de Occidente y nos ofrece una explicación muy original del problema de la muerte y trascendencia humana, lo que definitivamente sugiere una procedencia cultural autóctona.

Todos estos rituales, de una u otra forma, nos hablan de una concepción de la vida y la muerte que no está atravesada por una barrera impenetrable entre el *más allá* y el *más acá*. En cierto sentido esa trascendencia a la que llega el difunto, nunca es tan trascendente como para divorciarse de la inmanencia de este mundo

³ RODRÍGUEZ Lazcano, Catalina, “Cuidando las ánimas de *nuestros muertos*”, en: Lourdes Báez Cubero y Catalina Rodríguez Lazcano (coords.), *Morir para vivir en Mesoamérica*, pp. 85- 114. México, INAH, 2008, pp. 88-89.

en el aquí y el ahora. Es otra cosmovisión, donde las realidades de este y el otro mundo parecen resumirse en este único mundo con potencialidades diferentes (las almas pueden cosas que los vivos no). Definitivamente es una concepción del cosmos donde los ámbitos de lo divino, la naturaleza, los humanos –vivos y muertos- interactúan en un constante intercambio de bienes y relaciones a imagen y semejanza de las redes de solidaridad y organización social que viven estos grupos culturales.

